

«Educar a los Hijos»



var en líneas paralelas estos dos argumentos puede ser el éxito de meternos en la sociedad sin perder nuestra personalidad y sin dejar de perder nuestros ideales.

Que el mundo está mal, que la juventud tiene mu-

chos peligros, que salir de tu casa sea un riesgo, no puede llevarnos a pensar que tenemos que meternos y cerrarnos a «cal y canto» y menos todavía a encerrar y cohibir a nuestros hijos. La mejor forma de aprender a vivir la vida es viviéndola, ya que para crecer como persona hay que escarmentar en cabeza propia. Uno es persona en tanto en cuanto es libre. Ser libre es una forma de ser y de vivir que sólo se logra lentamente.

La semana pasada uno de mis hijos llegó «de clase» y me dijo este pensamiento: «los cuarenta años son la juventud de la madurez, los cincuenta años son la madurez de la juventud». Me hizo meditar y comprendí perfectamente las discrepancias y conflictos que surgen entre padres e hijos; este pensamiento me lo aclaraba. Realmente, a la edad en la que empezamos a enfrentarnos con los problemas de nuestros hijos estamos en plena juventud madura, les llevamos mucha ventaja, todo se lo decimos por experiencia propia y olvidamos que ellos, nuestro muchachos de dieciséis y veinte años, están empezando su camino de libertad, están empezando a forjar su autonomía, sus pisadas son frágiles en la senda de lo diario, no tienen estabilidad.

Cada movimiento, cada paso que den, les ofrece posibilidades distintas, todo es atracción para ellos y a la vez renuncia, es un despertar a todo lo apetecible y a la vez una posición de rechazo. Tienen que nivelar entre las enseñanzas recibidas durante años en el ambiente familiar y las tentadoras y frívolas imágenes que la sociedad les brinda en cada esquina.

Día a día, al empezar su jornada, les hostigan como dardos toda clase de obligaciones: la pereza, el esfuerzo, el trabajo, el aguantar al compa-

ñero, el escuchar los consejos de su madre, el profesor que le agobia, todo esto rezumba sus sentidos y yo pienso que no les deja tiempo ni para disfrutar del sol, de la luz, del canto del pájaro, de la belleza de una flor y, más todavía, les obliga sin querer a menospreciar el cariño de un padre o de una madre.

Cada hijo nuestro es como una nueva planta, es un ser vivo que necesita cariño y cuidados. Todos sabéis que el cuidado que demos a una planta puede ser el fruto de una hermosa floración. La vida de nuestros hijos tiene infinitas posibilidades, depende del riego y los abonos que nosotros jardineros le pongamos. Hay que caminar con paciencia pues todo lo importante florece despacio. Una semilla puede tardar años en germinar, inviernos interminables, pero un día todo amor, al igual que la semilla, acaba por florecer.

Pensaréis que defiendo demasiado la libertad, y es verdad. La Libertad con mayúscula la defiendo, el libertinaje lo detesto rotundamente. Me diréis también que mis palabras suenan a frases bonitas, que la vida se cuida de tirarlas, que nos vuelve la hoja, que nos sacude diariamente, y lleváis toda la razón. Pero no se puede convivir con las personas sin dar un margen de confianza, sin dejar un espacio de libertad para tus propias iniciativas. Nos llevaremos escalabros pero la adversidad nos hace fuertes, las contrariedades unen, unen y aferran a las personas en la lucha; decía Concepción Arenal que «sin lucha ni contrariedad no hay moralidad ni virtud».

Pienso también que todas las personas tenemos una esperanza en defender nuestros principios y creo que toda esperanza es sagrada; el que en algún rincón del mundo logra subirse a la grupa de sus propios dolores está demostrando su calidad de hombre o de mujer, esa llama viva que late en nosotros.

La esperanza está ahí, nos rodea, crece en nuestro entorno, brota en cada primavera como savia nueva. Tal vez baste con no empeñarnos en golpear nuestro corazón con la adversidad, mirar a lo lejos y descubrir esa siempre posible resurrección.

M^a del Carmen Calero Bolaños

¡Ser madre!, qué hermosa palabra y qué hermoso acontecimiento. Perdonad que sea una enamorada de la maternidad. Pienso que Dios se esmeró en hacer a la mujer, no por más hermosa, más delicada, más exquisita que el hombre; sino porque le dio el maravilloso poder de formar en su vientre, de alimentar con su sangre una nueva vida, con todo lo que encierra traer un nuevo ser al mundo.

Como correspondencia a esta maravilla brota un amor, un amor maternal y filial a la vez, un recíproco amor que no tiene semejanza a ningún otro en el mundo; es amor de entrega, de desprendimiento, de renuncia, de sacrificio, es amor de madre.

Tenemos nuestro bebé en los brazos, los primeros años son de trabajo aterrador, todas las horas son pocas para dedicarle, nos absorbe el tiempo y las fuerzas, pero sus miradas, sus sonrisas colman todo nuestro sacrificio; sus balbuceos, sus suaves caricias nos hacen olvidar esas noches pasadas en blanco.

Pasan los años y nuestro niño se convierte en adolescente, la cosa cambia, ya no es cuestión de trabajo agotador, ya no es la mala noche por un sarampión ni el agobio de la papilla y el horario. Ya el problema es un futuro hombre o mujer que está en nuestras manos, para que lo lancemos a la vida, se mezcle en ella sin dejar de ser persona.

Pasamos a la arriesgada y a la vez emocionante tarea de educar. De educar no a nuestro estilo y a nuestra forma de ver la vida, sino educar de manera que manteniendo los ideales y convicciones que son fundamentales en nuestra forma de vivir no choquen o se interpongan a la forma agresiva, fría y calculadora, que la sociedad nos obliga a adoptar. Creo que saber nivelar estas dos posturas de saber lle-